

CONTAINMENT, ROLLBACK Y CRECIENTE DE LUNA

Los anglosajones tienen una obsesión mayor, y otra menor en relación con la geopolítica del mundo. La mayor es Rusia porque la saben invencible, o casi, y que si algún día llega al Atlántico se cumplirían dos de las leyes fundamentales de la geopolítica: quién controla el corazón de Europa (desde Praga hasta Kiev y Moscú) controla Europa, y quien controla Europa domina toda la Gran Isla Mundial, (es decir, la suma de Euroasia y Euroáfrica); y segunda, quién controlando la *World Island* posee acceso a los dos océanos principales (Atlántico y Pacífico) y dispone de un poder marítimo similar al de la potencia marítima dominante (antaño Gran Bretaña, hoy los USA), domina el mundo.

Para los anglosajones, la cosa está clara. O ellos, o los Varegos (es decir, los rusos). Pero, obsesión menor, están los “perturbadores”, es decir, en la historia, España, Portugal, los Países Bajos y Japón (China en su día renunció) que le disputaron el poder marítimo; y, en el continente (el continente es, para los anglosajones, por definición Europa), Francia, Alemania... Y hay que reconocer que los anglosajones han sido lo suficientemente listos y apañados (y los Varegos, o sea, insisto, los rusos, lo suficientemente inocentes), como para convencer a los rusos de que el enemigo común eran los “perturbadores”. Y no era así: afirma Jordis Lohausen que durante la II Guerra Mundial, Alemania (los Francos del Este) y Rusia (los Varegos) lucharon entre sí cuando eso supuso que, frente al enemigo principal real, o sea los anglosajones, lucharan con un solo puño (el otro lo usaron mutuamente para despellejarse). Y lo mismo puede decirse de la pugna entre franceses (o Francos del Oeste) y rusos, con ocasión de las guerras napoleónicas... Pero todo esto explica la histeria de Washington-Londres ante un eje París-Berlín-Moscú, es decir, ante una coalición de los tres mayores peligros para los anglosajones... Lo cierto es que la estrategia de los anglosajones es lineal: Utilizar al auténtico rival (Rusia) para eliminar a los rivales menores (Napoleón y Hitler); y si esto conlleva un avance del rival principal hacia el Mar (los rusos en el Elba en 1945), utilizar a los rivales perturbadores para hacer refluir al rival principal. Así la llamada “doctrina Kennan” (del asesor presidencial, George Kennan, en su obra “*Russia and the west under Lenin and Stalin*”, Boston 1960), preconizaba, en relación con la URSS, primero el *containment*, la “contención”, para luego pasar al *Roll Back*, es decir, hacer retroceder a los rusos lo más lejos posible del Atlántico (y del Pacífico si es posible), de sus potenciales aliados Francos del Este y del Oeste, y de Europa en general. Franceses (menos) y alemanes (más) colaboraron claramente en la primera fase de Kennan y en la segunda más a regañadientes. Lo que pasa es que los rusos contribuyeron a su propia perdición: Primero con la guerra de Afganistán, intento estúpido de, para cerrar el paso a los anglosajones, conquistar un país inconquistable porque entre otras causas no es un país (única

satisfacción: los anglosajones también se han estrellado dos veces en el intento...) Pero, desde 1815, quien pierde una guerra lo pierde todo, régimen político incluido a veces, y esa ley se ha cumplido en el caso de la URSS.

En segundo lugar, ello se concretó con el fracaso del golpe de 1991. De hecho ese golpe fue la única posibilidad real de mantener la URSS, y de evitar lo que hoy hay: el *Roll Back*, el retroceso hasta las fronteras de Rusia bajo Pedro “el Grande” nada menos (pérdida de Ucrania incluida, lo cual es equivalente a que España perdiese Castilla-León, ya que si Valladolid fue la primera capital de este país, Kiev lo fue de Rusia).

En tercer lugar, al aceptar la consolidación de una franja antirrusa que va desde el Báltico hasta el Mar Rojo. Ciertamente es ilusoria para los anglosajones, pues los rusos conservan Kaliningrado, el 50% de la población de Estonia, de Ucrania a Sebastopol, el XIV Ejército en Transnistria, y varias provincias secesionistas aquí y allá, favorables para ellos.

Y en cuarto lugar con el abandono del Oriente Medio a los anglosajones a partir del momento en que fue librado a su suerte Saddam Hussein, y ello por dos veces, poniendo seriamente en crisis la credibilidad de la alianza rusa...

Pierre Biarnès es quien actualmente mejor describe cómo los anglosajones pisan a fondo el acelerador para consolidar el *Roll Back* y llevarlo hasta fronteras límites para los rusos. Es la teoría de la “media luna de la crisis”. Explica que si el 90% de los actuales conflictos se producen en esa franja (que va desde los países bálticos hasta Corea pasando por la Europa centro-oriental, los Balcanes, Oriente Medio, la ruta de la seda (es decir, el Cáucaso, Irán, Afganistán, Pakistán Indochina), es porque en la misma están desplegados todos los esfuerzos de los anglosajones para contener a Rusia y a China, y hacerlos retroceder lo más posible. Y Biarnès lo explica en una obra monumental en la que, trozo a trozo, desmenuza magistralmente ese “creciente de luna de la crisis” y la reacción de rusos y chinos: “Frente a esta ofensiva global de los americanos, rusos y chinos resisten cada vez más duramente. [Y] en todos los sitios en que pueden incluso pasan a la contraofensiva; y alrededor de las fronteras de ambos se va estableciendo así poco a poco una inmensa zona de confrontaciones y crisis de conflictos abiertos o potenciales. Desde los países bálticos hasta las Islas Kuriles, pasando por la Europa central, las proximidades del Himalaya, los estrechos de Malacca y de Formosa y, finalmente, Corea, se va configurando un “creciente de luna de una crisis” más al norte y más al este que en la época de la Guerra Fría en lo concerniente a Rusia, pero más al sur en lo concerniente a China. Ahí es, en lo esencial, donde se ha iniciado la

historia del siglo XXI, lejos de África, que ya no son actores estratégicos mundiales desde la caída del muro de Berlín, y de América Latina, que nunca lo ha sido”¹. Para resumir, es una obra, la de Biarnès, que provoca un verdadero “síndrome de Stendhal”, tal es la densidad de conocimientos que se ofrecen (y que les vendría como anillo al dedo a los periodistas y diputados cantamañanas, supuestamente duchos en el análisis de las relaciones internacionales). El único capítulo flojo es el de Malasia (y sin embargo, es consistente), pero todo lo demás es magnífico, y excepcionales son los capítulos referidos a Ucrania (“¿Existe realmente Ucrania?”), Turquía (“Los Turcos: unos extraños europeos”), Oriente Medio (“Del Imperio Otomano al Imperio Americano”), Irán (“De Ciro a los *Ayatollahs*”), Asia Central (“La revancha del Camello”), Afganistán (“Una cabra de entre dos leones”), y Corea (“En el país del amanecer tranquilo: *sunshine policy* o poder nuclear”). Además los países bálticos, Moldavia y el mencionado XIV Ejército, el aniquilamiento del Yugoslavia, el Caucaso, el Mar Caspio, Chechenia, el Asia del Sureste, Taiwan y la bronca de las Islas Kuriles. Todo ello sin olvidar, ni mucho menos, la magnífica introducción, a cargo también de François Thual, titulada “O como poseer un Imperio”.

A destacar las centenares de recuperaciones históricas realizadas por Biarnès, como la del tártaro Mir Saïd Sultangaliev, nacido en 1892, comunista desde 1917 y asesor de Stalin al año siguiente, y que defendió ante este último la tesis según la cual “la única posibilidad de propagar las ideas de la Revolución Rusa es dedicarse prioritariamente al Oriente, poco desarrollado, en lugar de a los países industriales de la Europa Occidental. Según él, estratégicamente había que priorizar absolutamente la liberación de los países colonizados de Asia, y crear un gran Estado Ruso-Musulmán, cuya ideología sería simultáneamente el Comunismo y un Islam secularizado: una “república del Turán, que uniría a todos los pueblos de origen turco del Imperio Ruso y que se extendería de Kazan hasta el Pamir”, que crearía un Ejército Rojo y un Partido Comunista musulmán...

Y también, otra aclaración: la famosa cuestión de las estatuas de Buda: ya desde la toma de Kabul, los talibán habían dado a conocer su intención de destruir todas las estatuas, grabados y pinturas no islámicas, “obras de arte budista aún muy numerosas a pesar de las acciones iconoclastas consecutivas a la difusión del mensaje musulmán a partir de las invasiones árabes del siglo VIII, y a pesar, durante los siglos XIX y XX, del vandalismo comandado por los anticuarios y los museos europeos y norteamericanos. El Islam, al igual que el judaísmo y el cristianismo siempre ha atacado el “culto de los ídolos” e incluso ha prohibido la representación humana de la faz de Dios. Moisés en Palestina, Poliocto en Roma, e Ireneo en Bizancio habían dado desde mucho antes el ejemplo, y

¹ Op.cit. pág.19.

era de esperar que los misioneros católicos, aprovechando la conquista colonial europea del siglo XIX, hicieran desaparecer una enorme cantidad del estatuario negroide de África “las tres grandes religiones monoteístas están pues a la par en esta materia”. De hecho, las mayores diferencias entre ambas son: 1) la falta total de proselitismo de los judíos y 2) en ninguna parte del mundo han logrado jamás los cristianos ganar para su fe a los adeptos del Islam².

Quien tenga la suerte de leer este libro (por lo demás excepcional) sabrá, de política exterior, bastante más que cincuenta catedráticos de relaciones internacionales juntos.

Jorge Verstrynge

² Op. cit. Pág. 839.